

# La religión afrocubana: ¿se fue de Cuba?

Rodolfo R. Bofill Phinney  
Periodista  
Cubano. Residente en Estados Unidos

«¡Ah coño! El pollón negro picó al gallo blanco. ¡Aché Elegguá!», sentenció con voz antigua y segura Roberto Boulet, aquella noche del 4 de noviembre, cuando supo la victoria electoral de Barack Obama.

Se acomodó frente al televisor, para ver el discurso de presentación del primer presidente negro de los Estados Unidos, y volvió a quedar perplejo: «Aquí hay ritmo cubano», dijo con unción. La familia Obama vestía de rojo y negro, los colores que identifican a Elegguá, el santo *orisha* mensajero de todas las deidades del culto afrocubano, dueño de las llaves del destino, sincretizado en la religión católica como El Niño de Atocha. El diseñador fue precisamente el hijo de cubanos, *top* de la moda en U.S.A., Narciso Rodríguez, quien seguramente sabe de colores, santos e invocaciones ocultas. Esa herencia se lleva en la sangre.

¿Cuántas ceremonias, embrujos y obras con sacrificios de animales deben haber hecho allá, en Kenia, para propiciar el triunfo del pollón?, se preguntó el sacerdote cubano, pensando en la descendencia africana del presidente electo.

Entre ritos, cantos y ofrendas, miles de sacerdotes de la Santería o Regla de Ocha reunidos en La Habana habían vaticinado en la Letra del Año (2008) que el próximo pre-

sidente estadounidense sería alguien joven, sin experiencia. Lo conjeturaron en una metáfora de simpleza seductora: «El pollón picó al gallo».

Cada término y frase de la Letra del Año de los babalawos cubanos esconde varias intenciones, resultado de los manejos ocultos de deidades. Sin perder la noción de la realidad, aunque tocados por la gracia del destino, los representantes en la tierra del *orisha* adivinador, Orula, sincretizado en el catolicismo como San Francisco de Asís, alertaron también en sus predicciones sobre la crisis económica y el reto de enfrentar catástrofes naturales sin precedentes.

La economía global se situó al borde del abismo y llegaron a Cuba tres huracanes devastadores en menos de dos meses, algo inédito en la historia de estos fenómenos, que provocaron una destrucción de consecuencias aún impredecibles.

Boulet aguarda cada año estas predicciones en su casa-templo de la ciudad de Hyattsville (Maryland), donde el sacerdote cubano estudia e interpreta las dos letras de adivinación de sus hermanos de la Isla, acertijo inagotable que disfruta como vino añejo. Son las predicciones paralelas que, desde hace algunos años, se vienen haciendo por la Comisión Organizadora de la Letra del Año y

la Asociación Cultural Yoruba, esta última más afín al gobierno. Las dos colectividades agrupan a miles de babalawos, quienes observan las coincidencias, el azar y los dibujos mágicos del destino, jugando con el horizonte como si se tratara de un decorado de teatro.

«Orula se fue de Cuba», disparó Boulet con seguridad insolente. Él convive y sustenta una religión que le explica la vida y sabe del refrán beduino «Viajar es victoria». Interpreta a su tono la mera y lúcida realidad de sacerdotes y creyentes de este culto, que hoy viven en cualquier parte del mundo. La isla caribeña ya no es la exclusiva nación-templo, donde se pide ayuda divina y se hacen pactos, ofrendas y ceremonias que despiertan excitación y alegría en *orishas* caprichosos, pero apegados a la gratitud.

Es el poder contaminante de la Santería. Esta religión llena de esperanza, que tiene su fundamento en una Isla de espera, exhibe libertad y a sus seguidores, junto a sus espíritus o seres sobrenaturales, les ha tocado en suerte una época extraña, de globalización, de creciente migración y colapso de ideologías.

La cubana Kenia Perdomo juega con lo sobrenatural, pero de modo lícito, muy lejos de su tierra natal. Ella se inició como santera hace 16 años, y su ángel de la guarda es el *orisha* guerrero Changó. Su casa-templo, en Maryland, parece una vivienda como cualquier otra, pero en su interior viven seres de este y del otro lado del mundo.

En uno de sus cuartos de ceremonia, además de Yemayá, Ochún, Obbatalá y otros dioses, están a la mano *El Monte*, de Lidia Cabrera, la obra más importante sobre los cultos afrocubanos, y *Los orishas en Cuba*, de Natalia Bolívar. Libros de consulta puntual, para intentar entender la primitiva claridad de la magia.

Toda religión pretende ser más auténtica que las demás, pero la religiosidad es también un mercado. Sin otra luz que la luz de su mente falible, Perdomo, como cualquier oficiante honesta y de probada fe, toma distancia y se lamenta de sospechosas y culpables ceremonias que erosionan la credibilidad de la Santería.

A todos tocan malos tiempos que vivir y la suerte llega de muchas formas. Esa realidad la vive a diario Armando Sosa, quien hace ocho años se consagró en Cuba como babalawo y ejerció su sacerdocio también en Argentina.

En los Estados Unidos, el babalawo cubano se despierta temprano para *mayugbar* (saludar y ensalzar) a sus dioses y observa con solemnidad el interior de un closet donde ha montado el altar, su gobierno de magia afrocubana. Hoy tendrá que ir al «monte» para dejar una ofrenda. La nieve no es impedimento para la liturgia.

Sosa trata de entender el universo con la afortunada y sabia lentitud heredada de aquellos antepasados africanos. Lo insinúa, para mayor misterio, en el planteo de metáforas. Su visor mágico es el antiquísimo sistema adivinatorio que rige el *orisha* Orula, utilizado por los sacerdotes de Ifá para observar anticipadamente cuánto está a punto de ocurrir o ha sucedido. «¡Orula no se equivoca, señora!», le dice con involuntaria soberbia y acento habanero a una vecina de Virginia, quien busca respuestas ultraterrenas y espirituales sobre su rutina inmigratoria de postergaciones y enredos. Ella acepta lo que dice Ifá con más esperanza que fe.

Hoy Sosa debe encontrar en alguna botánica de Washington D.C. (hay más de 30 en esta región) ramas de Paraíso, una planta muy cubana que Orula marcó para la prosperidad. Le hace falta embeleso, pero ya ni en Cuba se puede conseguir esa hierba. Un

amigo que la trajo de La Habana la encontró gracias a un veterano del oficio, Bernardo el yerbero, quien le dijo que dónde único había era en el jardín de un mausoleo de José Martí. Entonces pidió autorización al Apóstol y tomó las necesarias para la obra.

Necesita también manteca de corajo para limpiar a Ochosi, el guerrero de larga vista, mucho oído y rapidez. Es el *orisha* que presidió la Letra del Año 2007, la cual vaticinó un momento fúnebre y poco después murió la primera dama de Cuba, esposa del actual presidente Raúl Castro, mientras que Fidel Castro no se levantó de su lecho de enfermo, disipando el entusiasmo de sus seguidores de volver a ver en la tribuna al invencible Comandante en Jefe, por encima del tiempo, como si los años no fueran con él.

Sin perder la noción de la realidad, los seguidores de este culto propician con sus intermediarios dioses la coronación de lo casual, esa conmovedora y precisa casualidad. Ellos aguardan siempre por una ráfaga sobrenatural.

Oficiantes y creyentes cubanos de la Santería en ultramar saben que esta religión de Sol no se ha ido de Cuba. Todos sienten lejanía, porque aquello que les falta o perdieron también los constituye. La eternidad que los acompaña en la diáspora palpita con ritmo poderoso. El culto afrocubano desborda hoy sus límites geográficos, mientras exhibe una fe más razonada y adulta, goza de una plena madurez como práctica de la espiritualidad humana. Y el pensamiento mágico nos hace rehenes de la ilusión.

La más poderosa comunión sincrética de las mitologías africanas con el catolicismo: la Santería o Regla de Ocha, tiene una presencia notable en el exilio cubano y hace sonar sus tambores en espacios infinitos.

En esa Isla del Caribe que ellos aman hasta la desesperación dejaron gran parte de la memoria, el alma desgarrada, la familia, sus difuntos y todo cuanto tenían, pero nadie les pudo arrancar la eternidad de la magia afrocubana con el fuerte olor de los hechizos tropicales.

La religión de los *orishas* vive en Cuba desde hace siglos. El colonialista español llevó a la Isla como esclavos a los africanos de origen lucumí (yoruba). Con ellos llegaron también su pensamiento, su visión del mundo, sus formas de vivir y sus creencias religiosas, que preservaron en un esfuerzo de resistencia cultural frente a la prohibición esclavista.

El pensamiento mítico-mágico-religioso lucumí o yoruba subsiste con gran fidelidad en la Isla, pero también de este lado del mar los cubanos reproducen sus rituales y con sus deidades van tirando de los hilos de la vida. La Santería es hoy una religión cubana, porque aquellos africanos tuvieron que recrear lo que habían dejado atrás, transculturando muchos elementos y adaptando otros. La eternidad del continente negro es hoy parte esencial de la cultura e identidad nacional del país antillano.